

Poesía y conocimiento

Editorial

En el texto del año 1987 que, a modo de prólogo, escribiera para su libro *Filosofía y Poesía*, María Zambrano afirma: "Entiendo por Utopía la belleza irrenunciable y aun la espada del destino de un ángel que nos conduce hacia aquello que sabemos imposible". Para la pensadora, sin embargo, esa búsqueda utópica de lo bello es precisamente el motivo que sustenta toda acción de escritura: "ya que no se pasa de lo posible a lo real, sino de lo imposible a lo verdadero". La propia Zambrano recuerda en este mismo prólogo que redacta sus reflexiones sobre el vínculo entre pensamiento filosófico y expresión poética en el año 1939 cuando, a pesar de la inminente derrota de la causa republicana, decide regresar a España. Estremecedora metáfora que une texto y vida. Y, sin embargo, es entonces que la belleza se presenta como un espacio de verdad que surge desde su sustancial imposibilidad. En su simple contundencia, parecen obligarnos estas reflexiones iniciales de Zambrano a revisar cuando menos alguna de las polémicas que tratan de prescribir la naturaleza de lo poético en un contexto intelectual y artístico, el nuestro, dominado por una profunda sensación de acabamiento, de último final. No obstante, la evidencia social no

muestra a la poesía tanto como cuerpo moribundo, que agoniza en un espacio mayoritariamente descrito en términos excelsos –más por profundo desconocimiento que por un sentido real de reverencia–, sino como un cuerpo expresivo rechazado y aislado debido a los estigmas que presenta en su misma carne.

De la misma forma que el conocimiento científico ha ido avanzando hacia una definición radicalmente incierta de su territorio conceptual –a medida que se alejaba de sus contenidos más evidentes y sensibles, esto es, aquellos que procuran una confianza tecnológica socialmente inmediata–, la expresión poética que nace en el siglo XX abandonó todo espacio comunitario reconocible hasta ese instante. La poesía moderna rompe las máscaras de las sucesivas funciones cognoscitivas que le fueran socialmente asignadas. Con ello no hace nada más que evidenciar la naturaleza re-creativa, divergente y esencial del arte y la literatura: la presencia de la persona, del yo en el mundo. De ahí también provenga, acaso, su imposibilidad en un marco histórico y social que, si bien en apariencia promueve un alto grado de autodeterminación individual, en realidad refleja profundos mecanismos de alienación y represión del desarrollo humano.

En el prefacio a su libro *Antología personal*, el poeta suizo Philippe Jaccottet, reflexionando sobre su estancia vital en el territorio de la poesía, anota: "Todo sucederá como si cada instante de esta vida en que se haya vivido realmente, en que todo nuestro

ser haya sido implicado, estremecido, alimentado, debiera, quiérase o no, fijarse y metamorfosearse en palabras, palabras gracias a las cuales (...) podría, también, proyectarse en el exterior y, tal vez, con un poco de fortuna, contribuir a mantenernos en ese estado en que la verdadera vida sigue siendo posible, mantenernos abiertos, permeables al mundo, pero no a un mundo cualquiera, sólo aquel en el que, a través de lo próximo y en amistad de lo próximo, está presentido lo lejano, lo más lejano; aquel en el que, en los límites de una medida aceptada, lo sin-medida impide que nos encerremos en él y golpea como una luz inasequible, más necesaria que cualquier otra". Esa es la verdad del poema: la belleza es la vida sola y el poema no hace sino abrirnos a ella. Esa también es la imposibilidad del poema.

La reflexión y emoción poética, por tanto, gravitan en una órbita que se acerca –y aleja, en movimiento elíptico– a otros ámbitos del conocimiento humano como la Filosofía, las Bellas Artes o la Historia. En las páginas que siguen de este nuevo número de la revista *Cuadernos del Ateneo*, Gustavo Guerrero y Andrés Sánchez Robayna presentan sendos textos en los que se abren, desde posiciones ciertamente contrapuestas, distintas líneas de argumentación sobre lo poético como espacio verbal de (re)conocimiento trascendente. Junto a estas dos lecturas del hecho poético no puede faltar, sin embargo, la realización plena que es el poema traída esta vez con los textos de Agustín Millares Sall, Manuel Pardo o Hans M. Enzensberger. Lector, abre ahora de nuevo el camino con sus manos.